



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

BOLETIN DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

N.º 12449

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjers.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MIÉRCOLES 6 DE MAYO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Larotte, rue Cambourlin 61; y J. Jones, Boulevard-Montmartre, 21.

El desagué del Beal

Pedía ayer el señor Lacierva, en la reunión de mineros interesados en el desagué del Beal, que se inspirasen todos en espíritu de concordia, para llevar a términos realizables la desecación de aquella zona.

Y los mineros respondieron dando una muestra gallarda de la voluntad que les anima.

Nos hemos equivocado. Como al surgir este asunto del desagué del Beal, como medio de facilitar trabajo a los obreros de las minas que iban quedando inactivos por la paralización de la sierra, surgieron protestas múltiples, no todas justificadas, esperábamos que la voz del egoísmo se dejaría oír en este asunto, en todas las ocasiones que se pusiera a discusión; mas repetimos que nos hemos equivocado, por que lejos de alborotar y oponerse á lo que impone la razón, se ha reducido al silencio, desarmado y sin pretexto para hacer ningún acto de presencia, siquiera fuese muy débil.

Ese es el triunfo de los sindicatos y también de los peritos que han confeccionado la luminosísima memoria leída ayer en la junta de mineros; y a su manera de razonar, clarísima, y á la diafanidad con que han presentado la cuestión, débese el paso de gigante que se ha dado, aprobando el informe de los peritos y el proyecto de reglamento, en la preparación del desagué.

Deben contribuir á este, con un cánón que no pasará de diez pesetas anuales por hectarea y un tanto por ciento de los productos de las minas, las que de éstas tengan sus labores en el agua. Esto es perfectamente razonable: las que han de recibir los primeros beneficios, las primeras han de ser en contribuir á los gastos.

Las demás ya irán llegando, ya reclamarán acogerse a los beneficios del desagué, porque el reglamento, que ha sido hecho con mucha sabiduría, no cierra a nadie la puerta; pero así como da facilidades para entrar a participar de los productos, mediante el pago establecido, ejercerá la debida vigilancia para impedir que nadie goce gratuitamente los beneficios del desagué.

La comprobación del beneficio no es difícil; al contrario, es muy fácil. Antes de que funcione la primera bomba, el nivel general del agua subterránea tendrá un valor determinado y a partir de él, todo descenso en cualquiera de las minas de la zona, pondrá de manifiesto que hasta ella llega la acción desaguadora.

En cuanto a las que vayan profundizando sus labores a medida que las aguas bajan, sin alcanzar la zona aguada, esto es sin tener el agua a la vista, tampoco podrán eximirse del pago obligatorio del desagué; por que hay medios de saber y probar que no se alcanzarían ciertas profundidades sin el valioso concurso de una desecación activa.

Las minas que se encuentren en tal caso habrán de tributar para suvenir a los gastos, con o sin protestas de sus dueños; mejor sin protestas, porque como no las ampara la ley no prosperarían.

La habilidad y sabiduría con que esta hecho el reglamento y el lenguaje fácil y axequible con que está redactado, lo prueba lo ocurrido ayer. Se leyó una vez sola; los representantes tomaron sus notas del o los artículos que les ofrecían dudas y al acabar de leer el reglamento, cada representante fué haciendo objeciones, que le eran explicadas, quedando satisfechos todos.

El acto de ayer fué realmente importantísimo. Por las veces se reúne tal suma de intereses, como

la que representaba la junta de mineros, sin que se marque una disidencia, más ó menos grande, no ya por el temor de recibir lesiones, sino por entender que puede haber desigualdad de beneficios.

Ayer no ocurrió nada de eso. Ni se protestó, ni se discutió, ni hubo necesidad de votaciones para tomar acuerdos. Estos tuvieron toda la autoridad posible, pues llevan la característica de la unanimidad.

Al levantarse la sesión pudieron decir los representantes lo que hemos dicho nosotros á cuantos nos han interpelado sobre las impresiones que sacamos de la junta.

—Habrá desagué.

Una nota hubo además en la reunión de ayer.

Sobriedad de palabras y abundancia de hechos.

Que sea siempre así.

A la bella Srta. J. J. M.

BALADA

La humanidad entera
elogia tu voz grata;
diciendo que es hermosa
no tanto cual tu cara.
Mas yo adorada mía
diré de tu garganta,
lo que mis ojos vieron
al pié de tu ventana:
«El trágico suceso
del ruiseñor del Asia.»
¡Quieres que te lo cuente
querida de mi alma!.,
Pues voy á complacerte,
escucha esta balada.

En un oculto bosque,
y en una fragil rama
de un roble corpulento
un ruiseñor piaba;
que como el más pequeño
en toda la comarca,
su entorpecida lengua
no muy fe la trataba.
Pero llegado el tiempo
en que su voz arpada
ya dulces melodías
alegres preludiaba...
sintió vivos deseos

de abandonar su casa,
y recorrer el mundo;
y conquistarse fama;
por que según creía
ninguno le igualaba.
Y así con tal idea
iba de rama en rama,
ora sobre un abeto
ó bien sobre una aya,
hasta lanzarse fuera
de su florida estancia.
Los prados, recreos,
los montes y las granjas:
con su veloz carrera
atrás se dejó el Asia,
cruzando per la Grecia
hasta llegar á Italia,
donde aprendió gozoso
sentimentales arias.
Su orgullo era tan grande
y su soberbia tanta,
que imaginó infelice
poder venir á España.
Tendió su vuelo rápido
llegando á tu ventana,
y cuando oyó el sonido
de tu gentil garganta...
lloró de sentimiento,
pues no pudo imitarla.
Pero atraído siempre
por tu cantar de hada,
un poder misterioso
allí fuerte le ataba.
Y embelesado entonces
ante delicias tantas,
el ruiseñor plegando
iba sus negras alas;
hasta que extenuado
oyendo tu romanza,
un profundo suspiro
muy angustiado exhala,
rompiéndose en pedazos
su ya inútil garganta.

¡Qué más puedo decirte
de tu cantar de hada!...
El triste pajarrillo
lo añadirá si falta.

Jesús Baño.
Portmán.

TIJERETAZOS

Can, de, en, por, sin, sobre el catalanismo, esa majadería de cuatro catalanes majaderos, que se han empeñado en ponernos a riñendo... dándonos el ejemplo.
Habló el señor Salmerón á raíz de las

elecciones del triunfo de los republicanos y se le ocurrió decir esto:

«En Cataluña ha unido el separatismo. Esa gloria cabe al partido republicano, esa obra de reintegración social tiene que agradecerles la patria...»

Solo á medias, señor.

Es verdad que treinta y cinco mil electores, llevando á las urnas el nombre del señor Salmerón han confirmado su amor á la patria aparte el que tienen á la bandera política de su gusto; pero ¿no se ha enterado el jefe de la minoría republicana?»

Pues sí, los catalanistas han hecho un nuevo acto y han dicho unos cuantos disparates.

El acto ha sido unos juegos florales.

Los disparates... con este botón basta para ver el calibre de los mismos.

Cuidado que habla el mantenedor de la fiesta.

Oigan.

«La cruz y el habla catalana, sólo tienen derecho á velar el sueño eterno de los catalanes.»

¡Hase oído nunca semejante sandez!

.

Puesto á decir sandeces ese mantenedor, suelta una y se lo queda otra colgada de los labios.

Allá va esa, que aunque parezca raro, va contra los de casa: la casa del catalanista

«Hoy el inglés, el alemán, el italiano y francés, son las formas de lenguaje de la ciencia, mientras que el castellano no preocupa más que á los eruditos y si bien es verdad que el catalán representa poco en España, el castellano representa menos en Europa.»

Pues deduzca usted la consecuencia en el amigo.

Al leer esa tontada tan simple y tan ampulosa no puedo hacer otra cosa, que soltar la carejada.

Y me río. ¡Vaya si me río!

Ahora resulta que el zipizapo que se ha armado en Barcelona por el impuesto sobre las hortalizas no vale la pena.

Diez céntimos por cada cien kilogramos.

O un céntimo á cada diez kilos de patatas.

Y como eso no perjudica á los consumidores ni á los detallistas tampoco, me escamo ¡vaya si me escamo!

—No, es seguro que esto no es una tontería; este joven tiene algun recuerdo que le atormenta.

—Tendrá una aneurisma al corazón, dijo un joven que estudiaba medicina; esto explica perfectamente esa súbita melancolía.

—No tiene absolutamente nada, señores, replicó el bueno del general, impacientado por tantas conjeturas; ó más bien si queráis infaliblemente saber lo que tiene, lo que la atormenta, yo lo diré, si, yo; pues bien! lo que ella tiene es... es... su madrastra, que según me parece es el más horroroso tormento, la enfermedad más enojosa que se puede soportar.

—¡Qué injusticia! gritan todos. ¡Mina. Clairange que es tan buena, que abraza á su hijastra con sus caricias, con su cariño!...

—Si que la abraza, esa es la palabra....

—Mi general, dijo Mr. Narvaux, olvidáis sin duda vuestra benevolencia habitual. Una mujer tan perfecta y tan generosa no puede hacer desgraciados á aquellos que dependan de ella, y la preocupación de su hijastra la atribuyo á una causa mucho más vulgar.

—Es decir, caballero, que lo que creéis que tiene... es un amante, replicó el general con cólera, convendréis conmigo en que le esculta bien; porque ningún hombre en París, me parece que podrá envanecerse de poderla comprometer.

—En París, no... pero...

Mr. Narvaux. Pasar toda la soirée hablando separadamente con un viejo diplomático alemán, en vez de mezclarse en la conversación de personas de su edad y al mismo tiempo de su país! ¿Por qué esta repentina melancolía adoptada esta noche, mientras que ayer estuvo aquí hasta la dos de la mañana, haciéndonos morir de risa, diciendo todas las locuras que se le ocurrían?

—Es muy sencillo, respondió el general, hoy padeco.

—Esa no es una razón: le he visto cien veces así. Es una mujer inexplicable; nunca ha estado dos días seguidos lo mismo. Preguntad á Mr. de Toutvenel, añadió Mr. Narvaux, que le juzga como yo.

—No soy tan severo, respondió Mr. de Toutvenel; confiese que Mma. de Champlery siempre me ha parecido tener un carácter incomprendible; pero no la conozco bastante para acusarla de afectada ó caprichosa; más bien la he creído dominada por un pensamiento pasado que la altera y que tome se la adivine, de una persona, en fin, que tiene un secreto.

—Yo soy de vuestro parecer, dijo una señora á quien se la consideraba dotada de un gran talento observador; su alegría nace de la agitación, su silencio de la violencia, y estos son síntomas de...

—¡Qué idea!... interrumpió el general con mal humor.

se pensaba, y restablecía verdades alteradas; por último, Mr. de Lorville estaba sin su antejo, como nosotros, ante la ausencia de un amigo que ejerce un gran imperio sobre nosotros. Tratamos de recordar: á cada acontecimiento, á cada objeto, nos preguntamos: «¿Qué hará, que pensará, qué dirá de esto?» Y cuando creemos estar libres por la ausencia, nos hallamos todavía bajo el despótico yugo de su carácter.

Al volver de la Opera, Mr. de Lorville pasó por delante de la casa de Mme. de Toutvenel, y vió muchos carruajes parado; le ocurrió la idea de subir un momento, aunque era tarde. Encontró aun mucha gente. Al entrar, oyó estas palabras, que pronunciaba una dama Clairange con soltura: «Valentina, no tomes horchata, que te hará daño.» Luego está aquí, pensó Edgar, recordando lo que se le había dicho de madama de Champlery; y deseoso de verla dirigió sus miradas hacia el velador, alrededor del cual se sentaban Estefanía y sus amigos; pero estaba muy distante para que le fuese posible distinguir á ninguna señora en particular.

Obligado á quedarse cerca de la señora de la casa para escuchar los censabidos reproches que le dirigía por su descuido, Edgar se impacientaba por no poderse aproximar á Estefanía. No dudaba que Valentina estaría á su lado, y pensando en lo que le ha-